

PRÓLOGO

Un librepensador francés, apasionado del género biográfico, Ximénès Doudan (1800-1872) escribía en 1843: "Yo no me puedo curar de mi pasión biográfica. Si supiera dónde averiguar cuántos granos de sal ponía Julio César en su huevo, saldría inmediatamente en busca de este precioso documento; os advierto que tengo una pésima opinión de los grandes espíritus que no aman los pequeños detalles, son los pedantes" (*Mélanges et lettres*, 1876). No puede expresarse con más precisión la pasión que conmovía al moralista Doudan y cuyo recuerdo rescata Daniel Madelenat en su ensayo sobre la biografía y su evolución como género a lo largo de la historia de Occidente, porque nada es suficiente para quien se inmiscuye en una vida ajena con la pretensión de conocerla. Y es que, en efecto, se trata de un género, una escritura, un acercamiento al pasado capaz de reunir todo aquello que se conozca de una personalidad que, de algún modo, ha influido en la marcha del mundo. De qué forma pudo influir y a partir de qué recursos es precisamente su objetivo, pretencioso (por imposible) y modesto a la vez (nunca puede alcanzarse, pero cualquier biógrafo digno de ese nombre lo intenta). Porque la biografía es una escritura diabólica que convoca y requiere para su propio crecimiento de la historia, la literatura, el arte, la política, la psicología, la ética, la geografía... Por no hablar de la dificultad (insuperable) de acceder al interior del ser, desventrando su misterio. Y este fue el complejo objetivo que se marcó la profesora Tatiana Aguilera Franceschi al escribir su biografía de la venezolana Alicia Álamo, con la que obtuvo el premio Ernestina de Champourcín concedido por la Universidad de Navarra.

¿Y quién era Alicia Álamo Bartolomé? Sin duda una voz intelectualmente poderosa e influyente en la historia de la Venezuela del siglo XX y del siglo XXI (nacida en 1926, al escribir este prólogo estaría a punto de celebrar el centenario de su

nacimiento, un hito a disposición de muy pocas personas) y que fue acreedora por su valía profesional y moral, por su lucha en defensa de la cultura y de la educación (son dos cosas distintas pero no pueden ir más de la mano) y por el amor a su país disponer de la historia de su vida, un reconocimiento imprescindible que como ciudadanos debemos a quienes nos han precedido y han convertido su propia existencia en una lección en la que poder aprender algo sobre nosotros mismos. Tatiana Aguilera reconstruye dicha historia de vida tomando como punto de partida las memorias de su protagonista, *Mi largo paso por la tierra*, de las que se vale como hilo conductor al que va sumando testimonios, entrevistas, declaraciones de la protagonista, la lectura de su obra y... el tapiz histórico que constituye la Venezuela de los últimos cien años. En el país ha habido de todo, de la dictadura de Juan Vicente Gómez al despropósito del régimen chavista, perpetuado en la figura de su continuador, el presidente Maduro. Alicia Álamo, arquitecta de profesión, licenciada en periodismo, gestora cultural, profesora universitaria, actriz, dramaturga y columnista, ofrece, en definitiva, un carácter inquieto, hondamente religioso y tan poliédrico a la observación y el análisis que supone un desafío para la profesora Aguilera. Y del desafío salimos sus lectores enriquecidos por una experiencia humana tan singular, tan decidida y tan honesta. Siendo todas las vidas singulares, algunas se prestan, como decía, a la reflexión más que otras porque nos interpelan: ¿hasta qué punto mujeres y hombres no tienen, no tenemos, en nuestras manos, a partir del trabajo personal, la posibilidad de mejorar el mundo, de *crear* el país en el que vivimos y al que amamos?

Me han interesado especialmente, puede que por mi propia edad, las observaciones de Álamo sobre la vejez, de la que ahora mismo tanto se habla por la forma en que va a incidir en los próximos años en la composición de la demografía planetaria. Me quedo con un comentario especialmente lúcido y penetrante: "¿Por qué tenemos que quejarnos los ancianos? ¿Puede haber algo más bello que la paz crepuscular? Todo adquiere un matiz distinto, brillante; el filo de la colina, la nube, el mar, el borde de las cosas... Es como un salpicar de esplendor... Y así

nuestras vidas... Ya dejaron de importarnos tantos afanes necios de la juventud... podemos sacarle esplendor a la soledad, a la ausencia, al silencio". Me quedo con esta palabra, repetida por Alicia Álamó, *esplendor* y recogida acertadamente por su biógrafa. En efecto, desde la cima de cualquier vida puede contemplarse el valle en el que se ha vivido con la luz que sólo el paso del tiempo puede proporcionar. El valle ya se dibujó, no hay que volver a él, basta con disfrutar de sus reverberaciones.

Anna Caballé

Premio Nacional de Historia, España, 2019. Especialista en biografías. Responsable de la unidad de Estudios Biográficos de la Universidad de Barcelona.